

Mi vecina de cuarto quedó sin primavera

Por

Carlos Balaguer

La juventud no había vuelto a los ojos de Laura. Ella que nunca me amó, sino como al ser solitario a quien se le hundió la embarcación nacida en los islotes del recuerdo. Ella, que únicamente me necesitaba como un estropajo junto a su soledad de soltera. Ella que fue perdiendo el pudor y el amor a mis cosas, a nuestras cosas. Que me obligaba a realizar juegos extraños y absurdos. Que me obligó a recluirme en los cuartos de madera, junto a las ventanas, viendo desde ahí pasar la vida sin nada en las manos y en los ojos más que un resplandor de hastio. Viendo pasar y no pasar la vida, porque ya nadie pasaba por las tardes soleadas. Porque mi febril teoría de que la vida, el desgraciado islote, había quedado solo, desde bien antes de que Renata se fuera en el velero de cenizas rumbo a apartados prostibulos de sombra e iniquidad.

Primero, fue aguantar al vecindario con su chismorreo y sus juicios. Nos censuraban. Su fatua cristiandad condenaba el maridazgo de Laura y yo. Pero Renata, la lejána Renata, viendo desde los retratos y las cartas amarillas, debió haber comprendido desde su inexistencia, de que no había culpa en nuestros deseos. Si acaso quedaban deseos. Ella — la amantísima Renata — lo hubiera comprendido bien. Desde que ella me dejó sin libertad al decirme que ya todo lo había perdido, al no encontrar los puertos de mi ruta, al encontrar mis redes vacías y mojadas. Renata, a quien liberó el destino. La que me demostró que yo había perdido el astrolabio y los mapas de mi marina libertad.

Renata lo sabía desde los sombríos retratos, porque cuando se fue de la isla, convertida en un ser extraño, totalmente libre,

me demostró que yo quedaba con mis ilusiones y mis malnacidas vaguedades. Entonces ella hubiera sabido perdonar que su hija y yo nos enamoráramos, como dos rezagados y solos viajeros que olvidó el tren de la primavera. Ella hubiera sabido perdonar que cuando nos quedamos solos, sin ella y sin la esperanza de una patria liberada, nos buscáramos en las sombras, en las tardes de pena, en las madrugada. Que nos buscáramos entre las sábanas tibias, en los roperos, en los rincones, en las hojas del jardín remoto del trapatio y que hicléramos el amor, sustituyendo vacíos.

Porque Renata, vivió entre nosotros. Era "algo" entre nuestros corazones. Era un frío palpitante entre nuestros cuerpos desnudos enlazados. Porque seguía viviendo en el soltero corazón de Laura, su única hija, y en el alabastro de mi interior calabozo. Aún más: cuando estaba agonizando por la pulmonía, le pidió a su hija que me amara, que no me dejara solo en la cama ni junto a las ventanas abiertas.

Pero el tribunal oculto del vecindario no podía perdonar que viviéramos juntos, aislados el uno en el otro, llenando de algo la casa vacía de Renata y sin patria. Porque Renata, la amantísima y pura, significaba en el fondo mi patria. Cuando jugábamos de isla, que me decía que era una isla flotando en el agua, yo la veía como eso: como una patria sola, desamparada y amorosa. Y cuando murió, dejándome en mi derrota, le pidió a su hija que fuera mi mujer y me cuidara. Entonces Laura lo intentó a regañadientes, sin quererme. Esperando que un hombre llegara a enamorarla y se la llevara de todo aquel hastio. Pero nadie llegó a su vida. Por eso digo que quedó es-

perando y amándome de mala gana.

Después fue perdiendo el pudor. Y yo no la escuchaba y ni la amaba. Tan sólo éramos vecinos en los soleados cuartos de la tarde. Los dos esperando siluetas. Y ella parecía también no verme en ningún lugar de la casa, ni de la vida y se volvió pendiente y sucia. Comenzó a conquistar hombres desde la ventana de la casa, vistiéndose provocativamente, pintarse, dejándose como virginal ramera. Y desde el balcón les coqueteaba y desnudaba su pierna, o se asomaba en ropa de dormir y les llamaba con aquella sonrisa torcida y con sus ojos negros y pequeños. Entonces ellos entraban. Yo me encontraba con personas extrañas en los corredores de la casa, la oía beber en su cuarto en medio de desconocidas voces.

Por la noche llegaba a pedirme perdón. Pero ¿de qué podía perdonarle? Y cuando estábamos en la cama, gemía a mi oído y me contaba con quién se había enredado ese día, y me relataba los pormenores de sus entregas. Otras veces conquistaba mujeres, las pervertía o las llevaba a nuestro lecho. Pero yo y la amaba. Laura era para mí tan solo un ser desnudo, tibia y febril a mi lado. Hablando gritando. Teniendo pesadillas. Dormiendo de pavor o de aburrimiento mientras dormía. Eructando licor. Algo vaclado de gaviotas a mi lado. Perezosa. Obscena.

Pero al fin, ella en mí, y yo en ella. Nos llegamos a querer como dos compañeros de abandono. Sin moral y sin edificantes propósitos. Holgazanes. Solos.



Mientras tanto Renata, ajena y sobre toda esa ruidosa observación desde los malditos espejos que un día ebrio traté de romper. Ella vive en mí. Sus inalterables despojos, que es lo que vuelve consistente su memoria, sus inalterables, limpios y olorosos despojos viven en mí. Y dan a mi interior un resplandor de fuente. Y esa frescura de luz en mis cavernas la vuelve más consistente. Más fija. Lo demás es, fue y será nada más que miseria. Harapos. Laura ya no se le parece. Algún día dejó de sonreír en su rostro de trapos perfumados. Aquella sonrisa de niña enristrecida, olorosa a rojos caramelos, ya no está cerca de mis manos ni de mi aliento. La

recupero única y solamente en los frutos amargos del estío. Y todo, porque Laura ya no se le parece. Algún día se ha borrado en su rostro impuro, en su torcida sonrisa de liviandad y de desprecio. Algún día he dejado de sonreír y de mirarme al través del tiempo. Antes pude ver en su rostro la sonrisa de Renata y de esa manera la encontraba brevemente en los minutos de la eternidad. Pero hoy, ha caído, desterrando aquella huella, aquel oloroso y dulce despojo del rostro perdido. Algún día que sonreía y me miraba al través de un espejo carnal se ha borrado. Y hoy Laura se atraganta de pasillas anticonceptivas en altas dosis hasta volverse por dentro, al cabo del tiempo, un ser duro como piedra, sin vientre, ni entrañas, ni lugar para la vida o para el poco amor que yo le puedo dar.

Por ello sigue así, estrujando su cuerpo de sensuales virtudes, y la manosean los fantasmas narcóticos del devenir. Y dejan en ella, cada vez menos de ese vigor irrepertible de existencia, de vida. Sale al balcón medio desnuda, en blúmeros, a veces desnuda completamente pero nadie pasa por la calle. De vez en cuando, un extraño transeúnte de manos torpes y absurdas, ante la enajenante coquetería se ve seducido y huye. La desprecia y se va de largo. Espera el día libre de los reclutas que tampoco vuelven.

su reino.

Ahora todos sabemos que no ha sido así. Que lo que vino no fue una civilización universal que erradicara los restos de barbarie sino una violenta y generalizada barbarización del mundo europeo. Ocurrieron las dos Guerras Mundiales, que fueron la escandalosa negación de aquellos ideales de progreso, surgió la nueva ciencia con sus dudas, el doctor Freud con sus terribles fantasmas irracionales y el doctor Spengler, con su séquito de profetas del desastre. Hoy no nos queda sino leer el peritricómico de la mañana u oír la transmisión de TV de la noche, para recibir nuestra diaria ración de horror. El último atentado terrorista, el reciente estallido de violencia en alguna vieja capital, los actos de guerra que estallan al azar de la geografía, la prueba de alguna nueva arma capaz de eliminar ella sola toda una región con sus habitantes y su civilización.

¿Habremos pasado, casi sin advertirlo, de creer ingenuamente en la ley del progreso, para aceptar, tácita y hasta cínicamente, la permanencia de la barbarie? ¿O es que nos acercamos, o estamos ya, en una trágica prueba final de la que surgirá una nueva civilización para todos los hombres o la destrucción de toda civilización? Nadie tiene hoy respuesta válida y aceptable para esas terribles preguntas.

Pero yo casi la he olvidado. Sólo la miro de vez en cuando enclavada a la ventana que da hacia el puerto mirando con su mirada clara los barcos solos, el muelle sin pescadores, las aguas brumosas, los tuestos dispersos en la arena, sin pasos ni palabras escritas.

Pizarrón

Progreso y Barbarie

Por Arturo Uslar Prietzi

CARACAS.— En el año de 1860 el pensador inglés Isaac Taylor, desde la segura aminorancia de su poderoso y avanzado país, lanzaba una mirada al conjunto de los hombres y observaba, casi con indignación que todavía subsistían muchas "reliquias de la barbarie" en aquel mundo tan civilizado y seguro de sí mismo que florecía en el Londres del apogeo de la reina Victoria. Esos restos tenaces de atraso y barbarie que afeaban la marcha de la humanidad hacia la civilización, para escándalo de las buenas conciencias y de las mentes avanzadas, eran para él: la poligamia, el infanticidio, la prostitución legalizada, el divorcio caprichoso, las diversiones sanguinarias e inmorales, el empleo de la tortura, los regímenes de castas y la esclavitud.

Taylor, como la mayoría de los hombres educados de su tiempo, creía que la humanidad avanzaba segura y continuamente hacia un ideal de civilización, de justicia y libertad y que se llegaría, más pronto que más tarde, a un mundo sin guerras, poblado de hombres libres, en el que cada día serían más abundantes los bienes y las comodidades de la existencia para todos los hombres. La humanidad era una, la ley del progreso era idéntica para todos y algún día todos los habitantes del planeta compartirían como realidad los ideales y aspiraciones de los más altos intelectuales de la civilización de la mejor Europa

del siglo XIX.

Hoy, lamentablemente, no podemos leer esas palabras sin una sonrisa que tiene mucho de cinismo. Un siglo largo más tarde nadie se atrevería a repetir las. Aquellas que parecían reliquias de la barbarie y que se creían destinadas a desaparecer en corto plazo ya han extendido y enraizado. Vivimos más que nunca en la violencia, en el crimen, en la desigualdad, en la inseguridad y en todas las formas imaginables de la guerra.

Si un pensador de aquella Europa, tan segura de su presente y del futuro, resucitara y leyera el diario que leemos cada mañana crearía ser presa de la más horrible pesadilla. La guerra se ha hecho más terrible y amenazante que nunca. Viejos países de estable civilización han caído en espantosas crisis sociales y políticas, la inseguridad de los bienes y de las personas se ha generalizado, por el mundo parece haberse entendido la ley de la selva más que el imperio de la ley de la razón.

Todo esto tiene que ver en el fondo, con la idea misma de progreso. Es una idea relativamente reciente que reposa sobre el concepto de que la historia de la humanidad representa un movimiento general y continuo hacia un futuro mejor y más deseable. Era una consecuencia casi inevitable de la nueva fe del hombre en la razón. El hombre era un ser de razón y cada día lo sería en mayor grado. Los instintos serían domeñados y las

sociedades serían más perfectas. Todos llegarían a ser felices. Este fue el dogma fundamental de los hombres de la Ilustración. Lo expresaba Turgot de una manera que hoy nos resulta increíblemente ingenua. La ley de la humanidad era el progreso material y moral. Y así caminaba ininterrumpidamente hacia la perfección en todos los sentidos.

Era para entonces una idea nueva y bastante inusitada. Los antiguos no tuvieron ningún concepto semejante. En el vocabulario griego no había palabra para expresar la idea actual de progreso. Para el Occidente cristiano de la Edad Media tampoco hubo idea de progreso. La vida era esencialmente un valle de lágrimas y la felicidad estaba pospuesta para la vida eterna.

La culminación final de ese culto nuevo del progreso llegó en el siglo XIX. Las nuevas máquinas, los poderosos imperios, la vida fácil de las clases altas en las grandes capitales, el liberalismo creciente en la pugna política, el ideal del debate parlamentario, la extensión de la educación, todo convergía a hacer pensar que aquella Europa era la vanguardia de una incontenible marcha de la humanidad entera hacia el progreso como ellos lo concebían. Algún día sería universal aquella forma de civilización y en los más remotos rincones de Asia y África reinarian plenamente las instituciones liberales que los ingleses habían logrado establecer en